

**HUERTANOS ILUSTRES**  
**FELIPE SÁEZ ZAPATA**  
**(HUERTANO DE PURA CEPA)**

---

**Saura Mira**

Vamos a iniciar una nueva sección corta y dirigida a ensalzar la labor de nuestros huertanos de pro con referencia a Alcantarilla, a su huerta. Creo que con ello homenajeamos al hombre de la tierra, de nuestra huerta, de nuestra Alcantarilla querida, en la que estuve quince años y pude conocer a muchos de estos huertanos de «pura cepa», como me gusta denominarlos. Y es que hablando de los hombres de nuestra tierra consolidamos nuestra querencia por ella.

Nos vamos a referir en primer lugar a Felipe Sáez Zapata, amigo y persona humana que ahora, en su jubilación y en su nueva juventud de sus sesenta y cinco años, se dedica en plenitud a esa labor que más le gusta, a su entrega a la faena de la tierra en la zona de Nonduermas, una pedanía cercana a Alcantarilla, donde trabaja y se encuentra entregado a la plantación, siembra y recogida de la cosecha.

A Felipe lo conocí siendo Secretario de Ayuntamiento de esta singular villa, de señorío y mayorazgo cuyo tratamiento histórico lo ha pergeñado su mejor cronista, indudablemente que es Salvador Frutos

Hidalgo, esencial fuente para saborear su historia. A Felipe siempre lo he considerado como un excelente funcionario acomodado a los servilismos que impone la burocracia deshumanizada, apócrifa siempre, nunca creativa. Pero tenía que acuñar una serie de horas vacías de contenido para ganarse la soldada, ya que sus labores huertanas no le daban para mucho. Lo que sentía por él era la admiración, compartía sus inquietudes por la agricultura y fue, a lo largo de los años, un puntal fundamental para mí en el conocimiento de mi tierra amada.

Nace en Alcantarilla en la calle Torrica, de tanto significado, siendo sus padres Diego Sáez Guirao y María de la Paz Zapata Martínez. Su padre es conocido en la población por sus trabajos con los Cascales y los Caride, auténticos maestros alarifes que procuraron espléndidas obras en el pueblo. Felipe sin embargo, sentía vocación por el trabajo en la tierra, sintiendo el goce directo con ella, sudando día a día para destriparla y sacar el ciento por uno. Ya a los catorce años se inicia con vigor en este tipo de faenas, siendo un auténtico erudito en cavar, majincar, ejercer riesgos con la noria, donde llegó a conocer hasta cinco norias ubicadas en Alcantarilla y Nonduermas, que ciertamente se sustituyen por motores...

Contaba con unas veinte tahúllas, unos 1.118 metros cada una, en las que plantaba patatas, tomates, coles, etc. Según me cuenta, la plantación más delicada era la fresa, por el cuidado especial que requería, ya que se plantaba en enero y su producción se realizaba el día de San Antonio, exigiendo atenciones sin límite en el largo espacio de su maduración, pues había de



“Felipe, honrado y ejemplar hombre de la huerta”.

ser limpiada en febrero y se reproducía a último de marzo. Después la cosecha se recogía en el mes de abril a junio, pero había que tener una particular y delicada manera de hacerlo: con dos dedos lo granos, que se echaban en una cestas de esparto, después se procedía a su venta. A la sazón se la vendía a un señor de la Era Alta que se llamaba Pedro, que a su vez la llevaba al mercado.

Podían sacarse de esta cosecha de la fresa unos quinientos kilos, lo que era realmente rentable en aquella época y por lo que me cuenta Felipe, en esta zona de huerta referida, se daban menos plagas, algo con lo que ha de pechar el agricultor y a veces puede ser su ruina. Pero hay que tener en cuenta que en los años sesenta del siglo XX la zona huertana tenía más agua y la tierra estaba más dispuesta a estos trajines del labrador, por la mínima contaminación del líquido más deseado que es el agua.

La patata, la crilla de nuestros padres, se plantaba en enero, lo que Felipe Sáez hacía con todo su mimo para tomar la cosecha en agosto. Señala que la patata «verdete» tiene dos cosechas; la de enero y la de agosto y que se emplea en infinidad de cosas y mantiene muchas aplicaciones para la gastronomía. La patata es obra del viejo morisco y su sabor es el de la misma tierra.

Pero como el huertano señala, las cosas van evolucionando y de tal guisa la fresa «se perdió en la huerta» –y se ha sustituido por el fresón– pero éste no es tan gustoso como aquella, ya que su labor era muy costosa, de un auténtico artesano, no compensando el trabajo con los precios que se daban a la mano de obra, lo que es lógico.

Del tomate y su plantación y variedades nos puede enseñar mucho este huertano con sus manos regordetas, adosadas al legón y la corbilla, con unos ojos aviesos y que te dicen mucho, hombre cabal y típico

huertano cuando se le ve vestido con su blusón negro.

La verdad, nos dice, que el tomate tiene que ponerse de «cobija» o de «tempero».

El tomate tiene variedades, se puede poner en varias estaciones del año, enero y septiembre.

El tomate de «cobija» es una planta de las «arcanzabas», que es donde se cría el maíz con una densidad de altura de un metro cincuenta centímetros. En el mes de abril se iban levantando las cobijas y se procedía a hacer el emparrado con las cañas.

El tomate de «tempero» se plantaba a mediados de marzo, no necesita cobija, tan sólo cañas para el emparrado. También en agosto se cogía el tomate de pera, de menos calidad que los anteriores.

Ahora la huerta ha cambiado, me dice el hombre, con su mueca de agudo filósofo endurecido por la vida y por la experiencia. Algo va implícito a su manera de ser, por ello le agrada más el empaque del agricultor en su vieja etapa, lejos de la nueva forma de otear la agricultura con el plantal de los nuevos invernaderos, como modo artificial en el tratamiento agrícola. Para Felipe el trabajo de sol a sol que se hacía antes era el auténtico, como el que le enseñaron sus antepasados, los huertanos cavadores de Alcantarilla y Nonduermas. Y es que lo que más le agrada a este huertano es el trabajo empezado a la salida del astro rey, cuando comienza a despertarse la huerta y se huele a bancal y a morera, cuando cogía los enseres del trabajo y caminaba, con el blusón y alpargatas por los senderos y carriles de su huerta amada. Es entonces cuando sus ojos se abren de par en par y su corazón late. Lo presiento allí mismo, en el bodegón de Nonduermas, la vieja pedanía plena de sendas y ermitas, de torres huertanas y de silencios, de acequias y de sombras buscadas por el huertano trabajador de sol a sol.

Felipe salía con el alba y se pasaba días

en el barracón de Nonduermas, lo hacía en el mes de marzo para cumplir con su faena y tornaba a su pueblo natal a último de octubre. Felipe Sáez durante este tiempo se entregaba con el alma y el corazón a su trabajo de huertano, a su tiempo mejor acomodado y sentía que era feliz allí, hundido en el barracón; espacio abarrotado de aperos de labranza y objetos de su huerta. Se sentía como el cazador que busca la estepa y la taiga, como el pintor que sale al paisaje, como el músico que intuye notas en lo que mira. Felipe se sentía él mismo. Después dedicaba su tiempo a su esposa Carmen que es quien mejor lo conoce, lo esperaba como Penélope pergeñando sus labores de fémina, siempre en su soledad, ella, tan conocedora de la fabricación del jabón casero, del que hablaremos en otro momento.

Felipe, nuestro huertano de pura cepa supo combinar más tarde las labores de la huerta con la de ser funcionario, toda una nueva forma de adaptarse al otro mundo, a la sociedad. Lo que hizo en el año 1972 siendo alcalde del ayuntamiento Fulgencio Pérez Artero, ello fue por motivos de cierta enfermedad que le impidió dedicarse, cien por cien a las actividades de agricultor, moviéndose en el tractor a sus anchas. Pero esto no le hizo encolerizarse y mantuvo su rigor en el nuevo tratamiento de funcionario, sin pararse a nada y tratando de incrustarse en la máquina de la burocracia tan diversa a la otra actividad.

Entonces me encontraba en la secretaría del ayuntamiento. Fulgencio Pérez Artero siguió a Diego Riquelme Rodríguez en la dirección y presidencia del órgano municipal. El alcalde Diego es, sin duda, para quien escribe, el prototipo de alcalde, pues no sólo enjugaba dotes de mando que ejercía con ecuanimidad y humanidad; más también ha sido el buen alcalde capaz de comprender a sus funcionarios, todo el personal que conforma un ayuntamiento, sin cuya colaboración no cabría hacerse

nada. De ahí la necesidad de comprensión entre uno y otro elemento.

La época del alcalde Fulgencio Pérez Artero estuvo llena de dificultades de toda índole, que se iban resolviendo gracias a la pericia de un funcionariado apto y competente y su esfuerzo se dirigió a la custodia del Museo y del Restaurante, junto con la erección de la ermita a la patrona la Virgen de la Salud, para cuyo efecto fue importante la donación del terreno, propiedad de doña María de la Paz, algo de lo que puede sentirse orgulloso este huertano de pro, que durante este periodo vidrioso, pues le tocó el efecto evolutivo del tránsito de la dictadura franquista a la democracia; tuvo una aptitud positiva y captó el nuevo enfoque que obtendría la presidencia de las urnas. Quien esto escribe y Felipe, conocemos la cantidad de momentos desapacibles pasados en el Ayuntamiento, la serie de horas fundidas en tensiones ante la disparidad de criterios entre el partido ganador que era el PSOE y un funcionario entroncado con los usos de un pasado que comenzaba a desligarse, ante los nuevos tiempos de progreso. Felipe, supo ver, oír y callar que es lo mejor en estos casos; por lo que estábamos siempre filosofando sobre este acontecer, sufriendo el impacto de un nuevo Consistorio que intentaba romper bruscamente con todo lo anterior, sin tener en cuenta que las normas legales se habían de respetar aunque fuesen injustas. La verdad es que en las *Memorias* que estoy escribiendo ya tendré oportunidad de reflejar este estado, situación compulsiva que nos hirió, aunque tratamos de respetar con sus consecuencias, máxime cuando nunca fuimos políticos aunque sí nos dejamos avasallar por esos posibles brotes del poder que, como diría nuestro compañero Joaquín Martínez, personaje típico y profundo funcionario, el poder machaca y atenta contra toda clase de dignidad, pues como recuerda Felipe ahora, en su hermosa jubilación: «No sé que tiene

el sillón que transforma a las personas». Pero esto es en general, pues Diego Riquelme fue un gran alcalde y sus años de vejez viene surtida de una inquietud intelectual, de forma admirable, ha mantenido su hidalga presencia y prosapia, siendo el alcalde humano por antonomasia, como lo sigue siendo y esto lo digo con toda justicia, el alcalde Paco Zapata, del que conservo gratos recuerdos...

La verdad es que es un goce conversar con este huertano alcantarillero, con Felipe Sáez, quien a sus años conserva todo ese talante y buena postura del hombre dedicado a la labor de la tierra, empeñado en ser dichoso en este tiempo de su jubilación, cuando no tiene que seguir los servilismos de la función pública. Ahora se dedica a acudir a sus tierras de Nonduermas, por las que camino con él y me deleito en ese trayecto por sus caseríos, en especial por el caserío de los Rubios, los Quilinos, los Castos, Los Orenes, Pelliceres; en tanto que domino los tonos ebrios de una huerta feraz, brillante, delatadora de su mejor mensaje. Por donde la acequia se ensancha y penetra por el puente, en tanto que las moreras e higuerales se explayan en su vigor absoluto. En este sucinto periplo por la huerta recogida y fecunda, aquella que alguna vez visitamos en pos de casucones y torres huertanas, se atisban ermitas y recios blasones que se pegan aún a sus paredes carcomidas, como el que se inyecta en la torre de los Pelliceres y vislumbro aportes magníficos de una huerta que fue y que va desapareciendo.

Cabe ciertas cuitas por la llamada ermita de Burgos reparada y distante que conocimos hace muchos años, más íntima aquella, pero donde se celebran festejos y se saca al Niño en procesión. Y aún nos asiste en remembranza absoluta y distante, la casi ausente Torre Galla, en el término de San Ginés, cercana a la Casa del tío Rojo Ruiz.

Felipe me asombra con sus recuerdos y

evoca situaciones de su época pasada en estos andurriales, cuando de pequeño asistía a estos parajes que han cambiado, como las tabernas, en una de las que entramos para satisfacer un tanto el cuerpo en la mañana estival. Un mesón típico que nos regala olores sabrosos de gastronomía adecuada al tiempo y estación estival, ayuntando relatos de la recia trovería cartagenera, ya que su dueño es campesino y trovero, pues de casta le viene al mismísimo Andrés Cegarra «El Conejo», capaz de endirgarnos esta décima espinela:

*En este mesón murciano  
se sirve buena bebida.  
Una excelente comida  
de cordero y de marrano.  
Buen marisco fresco y sano  
y buenas tapas calientes,  
y para que los clientes  
disfruten en esta casa.  
Tenemos carne a la brasa  
con todos sus ingredientes.*

Retengo aún en la memoria la conversación con mi buen amigo Felipe Sáez Zapata y pienso que mi estancia en la secretaría del Ayuntamiento de Alcantarilla, me ha proporcionado sobre todo amistades fecundas. Más aún ciertas amistades imborrables e imperecederas, cuyos nombres podría recordar sin duda.

Felipe Sáez es un amigo ante todo, ha sido un excelente funcionario, pero sobre todo es un huertano de pura cepa. Lo sé. Tan sólo hay que acercarse a él y tratar de conocerlo. Es el reflejo de aquella huerta que uno desearía que se mantuviera siempre. Con él he aprendido a sentir el paisaje y amar la tierra. Por esto mismo Felipe es mucho más. Es el amigo capaz de entregarse, de servirte fielmente, de acudir cuando se le llama. Amigo fiel y robusto, como el tronco de morera y del álamo, como la misma tierra que está ahí, simplemente, nos espera, para que la trabajemos. Nos espera siempre.